

Fernel, que fué profesor brillante en 1527 y 1528, trató de medir un grado de meridiano por medio del experimento de una rueda de carreta y publicó en 1528 la *Cosmotheoria* (tratado de cosmografía).

Oroncio Finé (1494-1555) fué un continuador de Lefevre y de Fernel, un vulgarizador más que un innovador (1); apenas fundado el Colegio real, fué llamado para formar parte de él, en 1531, á título de «lector ordinario de ciencias matemáticas.» En 1532 publicó la *Epistre exhortative touchant la perfection et commodité des arts liberaulx mathematiques; Protomathesis, divisée en quatre parties: arithmétique, géométrie, cosmographie, horloges solaires* (*Epístola exhortativa referente á la perfección y comodidad de las artes liberales matemáticas; Protomathesis dividida en cuatro partes: aritmética, geometría, cosmografía y relojes solares*), y en 1536 comentarios á la geometría de Euclides; y en 1553 fabricó un reloj astronómico (2).

Finé es una inteligencia muy compleja y en ocasiones contradictoria, como tantos otros hombres de su época: conserva preocupaciones y credulidades; en 1551 escribe *La brieve et isagologique introduction sur la judiciaire astrologie: pour savoir pronostiquer des choses advenir par le moyen des dites ephemerides* (astroológicas) (*La breve é isagológica introducción sobre la astrología judiciaria para saber pronosticar cosas futuras por medio de las dichas efemerides*), y en su *Cosmografía* de 1532 escribe que la tierra está en el centro del universo, «opinión que sólo se negaría á aceptar un hombre falto de sentido;» pero afirma también, después de Lefevre de Etaples, que la tierra es redonda y lo demuestra con argumentos de carácter científico. Como todos sus contemporáneos, está muy apegado á los libros y á veces le estorba una especie de deferencia hacia los antiguos; sin embargo, se atreve á no apoyarse siempre en Ptolomeo y hasta llega á criticarle con ayuda de los mapas y de los itinerarios de los marinos de los siglos XV y XVI, prefiriendo, por consiguiente, el estudio experimental á la autoridad dogmática. Asimismo en sus determinaciones astronómicas y cosmográficas procede por cálculos personales; publica una tabla de longitudes y latitudes que comprende 309 nombres y modifica algunas cifras de Ptolomeo. Preocúpase sobre todo de la cartografía y edita mapas del globo, uno de los cuales fué grabado en 1531. En 1525 había compuesto el primer mapa de Francia que puede considerarse como científico.

Análoga mezcla de osadas tentativas y de resistencias encontramos en las ciencias médicas. Hubo lucha entre la medicina literaria y la práctica, entre la erudición y la experimentación (3); los partidarios de la primera sólo admitían el uso del latín y seguían exclusivamente las doctrinas de los antiguos; mas no triunfaron en la contienda, pues un gran número de obras de medicina, de higiene ó de farmacia aparecen escritas en francés

(1) L. Gallois, *De Orontio Finæo gallico geographo*, 1890. *Les géographes allemands de la Renaissance*, 1890 (tesis de París).

(2) Actualmente se encuentra en la biblioteca Santa Genoveva de París.

(3) Corlieu, *L'ancienne Faculté de médecine de Paris*, 1877. Brunot, en la *Histoire de la langue et de la littérature française*, tomo III, págs. 670-671. La misma cuestión encontraremos á propósito de Paré.

desde la primera mitad del siglo XVI y no quedaron completamente olvidados los tratados de la Edad media. Champier, médico y erudito, atreviase á decir «que no hay inconveniente ni es maravilla que un francés que no entienda el latín sea más experto en cirugía que un italiano muy latino,» é invocaba como maestros de la ciencia, no sólo á Galeno, sino á Avicena, á Isaac el Hebreo y á «Galapt el Mesopotamio.» Otro médico, Canappe, declara en alta voz que el «arte de medicina y cirugía no depende en modo alguno de las lenguas» y que «las enfermedades no se curan con elocuencia sino con remedios.»

El más célebre de los médicos de aquella época, Jacobo Dubois, amaba la erudición y la observación, si hemos de juzgar por el elogio que de él hace Noel du Fail: «Me acuerdo de haber oído á Jacobo Sylvius, que hablaba perfectamente el latín, leer el *De usu partium*, con un maravilloso auditorio de escolares de todas las naciones. Le he visto llevar ora el muslo, ora el brazo de un ahorcado y hacer de ellos la disección y la anatomía.»

Las doctrinas intelectuales se propagaron en un principio merced á las relaciones personales entre sabios no sólo de un mismo país, sino de todos los países. Sturm, Erasmo, Melanchton, Bucer, Vives, Budé, Rabalais, Baduel, Aleandro, Manucio, holandeses, alemanes, españoles, franceses é italianos, mantenían entre sí correspondencia, se veían, y á pesar de las contiendas y de las desavenencias que á menudo les dividían, no cesaban de trabajar en la misma obra. En Francia, formábanse cenáculos en Lyon, en París, en Nerac, y desde ellos difundíanse los conocimientos por la corte ó, mejor dicho, por todas las pequeñas cortes de príncipes, de señores, de eclesiásticos. Además se establecía una comunidad de ideas y de educación entre los eruditos y los hombres de letras.

El libro también contribuyó poderosamente á la propaganda (4): multiplicáronse los impresores y los librerías, de los que Lyon llegó á contar 72, y muchos de los cuales cultivaron las ciencias ó las letras, lo que les ponía en relaciones más estrechas con los sabios. El impresor José Bade pasaba por uno de los mejores latinistas de su tiempo, y Erasmo, no sin cierta malignidad, le declaraba superior á Budé; y la dinastía de los Estienne, esos impresores eruditos, no eran en modo alguno una excepción.

Los libros publicábanse casi siempre en tomos pequeños y penetraban en todas partes (5), siendo un vehículo para la difusión de la erudición tanto más poderoso cuanto que cada día era mayor el número de las traducciones. La mayor parte de los autores latinos fueron traducidos al francés y lo propio sucedió con algunas obras griegas: la *Electra*, de Sófocles, fué traducida por Lázaro de Baif en 1537. «La versión ó traducción, dirá Sibilet en su *Art poétique*, es hoy el poema más frecuente y el mejor recibido por los poetas estimados y los doctos lectores.»

(4) Felipe Renouard, *Bibliographie des œuvres de Simon de Colinet* (1520-1546), 1894. Baudrier, *Bibliographie lyonnaise*, cinco volúmenes publicados, 1895-1901. Felipe Renouard, *Imprimeurs parisiens, libraires, etc.*, 1898. A. Renouard, *Annales de l'imprimerie des Estienne*, segunda edición, 1843.

(5) El in-4.º de la época es muy variable, pero corresponde en general á nuestro tamaño in-8.º y aun á nuestro in-12.º



MINIATURA DEL *Roman de la Rose*, EN LA QUE SE REPRESENTAN LOS TRAJES FRANCESES USADOS EN 1500



Con todo, aun cuando el gran esfuerzo de los reformadores intelectuales se dirigiera muy pronto y con apasionada energía a la enseñanza (1), necesitóse mucho tiempo para cambiar los métodos: mientras Rabelais en el libro segundo de *Pantagruel* trazaba el cuadro ideal de la nueva educación, Beda seguía luchando por conservar el antiguo sistema.

Los reformadores de la pedagogía fueron frecuentemente extranjeros, como, por ejemplo, Sturm, Melancton y el español Vives que habían concurrido a las escuelas de Flandes; su principio fundamental era poner la cultura literaria como base de la educación, y así en el programa para el colegio de Estrasburgo compuesto por Sturm, uno de los jefes reconocidos y seguidos de la nueva escuela, figuran la gramática latina, las explicaciones de autores, los ejercicios de estilo, la manera de imitar a los antiguos, las colecciones de palabras usuales en cuadernos de notas, el tema, las *declamaciones* y luego la retórica y la dialéctica. La filosofía, las ciencias, la jurisprudencia, la teología estaban en último término como una especie de enseñanza superior. «El teólogo, dice Baduel, no puede explicar puramente la religión, ni el jurista las leyes, ni el médico las materias de su arte sin antes haberse instruido y ejercitado en las letras.» Latomus, que enseñó en el «Colegio real», piensa de igual manera y se dedica especialmente a encontrar los procedimientos empleados por los maestros en el arte de escribir.

Pero Sturm no enseñó en París sino a partir de 1539 y su programa es posterior a esta fecha; la enseñanza de Latomus no comenzó hasta después de 1534; y Ramus, nacido en 1515, refiere que todavía fué educado según los principios de la antigua escolástica y que hasta 1537 ó 1538 no probó de introducir en el colegio del Ave María la lectura de los autores griegos y latinos, la elocuencia y la filosofía. Por consiguiente, excepción hecha de los eruditos, de los profesores y de los literatos, la generación del tiempo de Francisco I estuvo poco familiarizada con las nuevas doctrinas y con el conocimiento de la antigüedad, lo cual es un detalle digno de consignarse.

También tardó mucho en iniciarse en la literatura italiana, y aun esta iniciación fué bastante lenta, aun cuando a Francia vinieron una porción de escritores peninsulares que hablaban el latín con la misma facilidad que su lengua nacional y que eran hombres elegantes, hábiles en los cumplidos y en el arte de refinar el pensamiento y muy propios, por ende, para triunfar en una corte que se preciaba de tener buen gusto y a la que además acudían muchos compatriotas suyos, príncipes, soldados y embajadores. El genovés Theocrene se vió colmado de favores; Luis Alamani (2), un florentino desterrado, recibió en 1532 mil quinientas libras para hacer imprimir en Lyon sus obras y sus

(1) Quicherat, *Histoire de Sainte-Barbe*, tomo II, 1862. Carlos Schmidt, *La vie et les travaux de Jean Sturm*, 1855. Gaufres, *Claude Baduel et la réforme des études au XVI<sup>e</sup> siècle*, 1880. En el capítulo IV cita programas de estudios de Baduel; pero hay que notar, conforme con la opinión que más adelante exponemos, que datan de 1539 y 1544.

(2) Emilio Picot, *Les italiens en France au XVI<sup>e</sup> siècle*, Extractado del «Bulletin italien», de 1901-1903. Hauvette, *Un exilé florentin à la cour de France au XV<sup>e</sup> siècle*, Luigi Alamanni (1495-1556), sa vie et son œuvre, 1902 (tesis de París).

composiciones toscanas, habiendo dado a la estampa en 1546 la *Cultivazione*, un poema de agricultura lleno de elogios para el soberano de Francia; Pallavicini, doctor en teología de la orden de los carmelitas, predicaba en la corte en 1534. La literatura italiana, como las literaturas antiguas, se difundió sobre todo merced a las traducciones: Jacobo Colin de Auxerre publicó en 1537 una traducción del célebre *Cortesano*, de Castiglione, modelo acabado de gentes de maneras elegantes; Petrarca y Ariosto fueron conocidos en Francia; Dante, en cambio, lo fué muy poco.

Francia, pues, acogía especialmente a la Italia mundana, sensual, a la Italia del lenguaje hermoso y de la retórica florida. Aparte de esto, la mayoría de los escritores franceses de la primera mitad del siglo se inspiraron poco en las obras italianas, exceptuando tal vez el *Decamerón*. Marot, Rabelais, Des Periers casi nada deben al espíritu de la literatura transalpina: libros como el *Cortesano* modificaban las costumbres, las modas, pero muy poco el gusto literario. Es preciso esperar los últimos años del reinado para encontrar verdaderas pruebas de la influencia de los poetas italianos sobre nuestros poetas; pero entonces esas pruebas son muy palpables.

### III.—Los escritores (3)

Los efectos de todo este gran movimiento, intenso y apasionado, debían dejarse sentir necesariamente en la literatura. Tales efectos fueron, en realidad, considerables, mas no tanto que se produjera una interrupción brusca, una solución de continuidad entre la Edad media y los tiempos nuevos que se anunciaban. La evolución prosigue con cierta lentitud, contenida y acaso retardada por el gusto público (4).

Muchas obras de la Edad media con sus héroes durante tanto tiempo populares y sus aventuras en las que la realidad se mezclaba con el imposible novelesco, tenían todavía muchos aficionados, hasta en las clases elevadas. En 1520 (y aun en 1550) se editaban *Le tres vaillant roy Ponthus* (*El muy valiente rey Ponthus*); Marot hizo en 1527 una segunda edición del *Roman de la Rose* (*Novela de la Rosa*), poema que conservó el favor del público hasta Ronsard, y en 1532 publicó un *Villon*. Los mismos literatos continuaban elogiando a los Greban, autores del *Mystère de Jesus* (*Misterio de Jesús*) que Noel du Fail, a mediados del siglo,

(3) FUENTES.—La enumeración de las principales obras literarias del siglo XVI, de las principales ediciones que de ellas se han publicado y de los estudios de que han sido objeto, está hecha de una manera bastante completa en la *Histoire de la langue et de la littérature française*, de Petit de Julleville, tomo III, 1897. Lanson, *Histoire de la littérature française*, séptima edición, 1902, proporciona los datos esenciales.

OBRAS.—Véanse Brunetière, Lanson, Petit de Julleville, Darmsieter y Hatzfeldt (citados en la pág. 141). Añádase Sainte-Beuve, *La Poésie française au XVI<sup>e</sup> siècle*, cuya primera edición apareció en 1828 y que siempre es interesante. Faguet, *Seizième siècle, études littéraires*, 1893. La bibliografía periódica de las principales obras ó artículos corrientes está perfectamente indicada en la «Revue d'histoire littéraire de la France», que empezó a publicarse en 1894 y que contiene artículos importantes (Índice, por Tourneux, publicado en 1900 para los años 1894-1898).

(4) Véase lo que hemos dicho anteriormente en la pág. 149, nota 7, acerca del gusto en tiempo de Luis XII.



hacía todavía figurar en una biblioteca modelo. Los misterios conservarían gran parte de su boga hasta 1550.

Los géneros apenas se transformaron y continuaron siendo la novela, la narración, el rondó y la balada. La misma forma poética conservóse en gran parte tal como era en el siglo xv, pero vivificada, simplificada, mucho más viva ó natural, y esto se debió principalmente á los progresos realizados en la lengua.

La narración novelesca, sobre todo, siguió siendo un género favorito y conservó la mayoría de los asuntos tratados durante la Edad media, es decir, este fondo común de anécdotas, de bromas, de personajes casi siempre los mismos, maridos burlados, mujeres astutas ó galantes, monjes ó curas licenciosos, mercaderes demasiado hábiles, que se transmite de generación en generación, sin que jamás se agote el placer que en él halla todo el mundo. Este género alcanzó casi su perfección en las *Nouvelles Récréations et Joyeux Devis* (*Nuevas recreaciones y pláticas alegres*) (1), libro pequeño, lo cual ya es un mérito: las novelitas que contiene son cortas, sin ociosas digresiones, y los asuntos son muy sencillos y están bosquejados en una acción rápida, realizada de cuando en cuando por un diálogo animado en el que no se dice sino lo que debe decirse. El lenguaje es francés, sin ningún giro antiguo, sin nada italiano en la idea, en la imaginación, en el sentimiento.

Los prosistas del tiempo de Francisco I son ante todo narradores hasta cuando no escriben novelitas: si abordan ó expresan ideas generales y filosóficas, las encierran en un relato en vez de exponerlas dogmáticamente. En Rabelais, en Margarita de Navarra, en Noel du Fail, encuéntrase la materia de toda clase de problemas morales y sociales que, en las literaturas más racionales, se producen generalmente en forma de tratados. Montaigne conservará todavía algo de estos hábitos intelectuales.

También se escribieron muchas crónicas: el *Panegyrique du chevalier sans reproche* (*Panegírico del caballero sin tacha*) (Luis de la Tremoille), por Guillermo Bouchet; las *Memoires du jeune aventurero* (*Memorias del joven aventurero*), por Fleuranges; la *Vie de Bayard* (*Vida de Bayardo*), por el *Loyal Serviteur*, ese libro exquisito, tan distante de la historia erudita y que, sin embargo, constituye el cuadro más sorprendente y acaso también el más real de las guerras de Italia.

De las Memorias escritas por Guillermo y Martín du Bellay, el título adoptado por Guillermo, las *Ogdoadas*, é imitado de las *Décadas* de Tito Livio, nos indica que estos dos hermanos pertenecieron á la escuela de la antigüedad. En el prefacio tratan los autores de sentar una filosofía de la historia, abundan las alusiones á Tito Livio, se citan con cualquier pretexto textos antiguos, y se habla accidentalmente de las crónicas de la Edad media, «más dignas de conmiseración que de burla.» Pero así que los dos hermanos relatan los acontecimientos en que han tenido intervención, se despojan de

(1) Puede añadirse el *Grand Parangon des Nouvelles nouvelles* (*Gran parangón de las novelas nuevas*), de Nicolás de Troyes, 1537 («Bibliothèque elzévirienne», 1869). Véase lo que decimos en la página siguiente acerca del hecho de atribuirse á Des Periers ó á Pelletier y á Denizot los *Joyeux Devis*. Aun en los pocos temas tomados de los italianos domina el espíritu francés.

estos ropajes postizos y sus Memorias tienen la sencillez de una crónica escrita por hombres de Estado y de guerra.

La literatura del tiempo de Francisco I continuó, por consiguiente, siendo en gran parte nacional y hasta popular; lo cual no quiere decir que no tomara algo de la antigüedad, de Italia y aun de Alemania. A éstas y sobre todo á la antigüedad debió una expansión del pensamiento, de las preocupaciones de arte, mayor flexibilidad y más variedad; pero todavía tenía bastante personalidad para absorber y asimilarse los elementos extranjeros.

Lo mejor de la originalidad de los escritores se debe á que éstos fueron hombres de su época, que intervinieron de cerca en todas las ideas y en todas las pasiones de la misma; y como nada agitó ó perturbó más el siglo xvi que el problema de las creencias religiosas, la inquietud de este problema acabó por mezclarse en todo el pensamiento literario y á veces por dominarlo y dirigirlo; de suerte que aquella literatura tan laica en sus asuntos y aun en el fondo de su idea hállase sin cesar influida por preocupaciones religiosas hasta en los casos en que se presenta hostil á la religión establecida. Dolet, Buenaventura Des Periers, Margarita de Navarra, Clemente Marot y Rabelais, ora nieguen, ora afirmen, lo mismo si creen que si dudan, trasladan á sus obras las inquietudes de su conciencia; esto sin hablar de Calvino (2), que fué puramente teólogo.

Esteban Dolet (1509-1546) (3) llevó una vida agitada, como tantos otros contemporáneos suyos, y por espíritu y por temperamento fué ardiente, aventurero, violento. Estudió en París y en la Universidad de Padua, y de regreso en Francia fué perseguido en Tolosa en 1533 por haberse opuesto públicamente á un edicto del Parlamento dirigido contra las asociaciones de estudiantes, y se refugió en Lyon, en donde, salvo cortas ausencias, residió hasta poco antes de su muerte. Condenado por asesinato en 1537, recibió del rey letras de remisión, por haber pretextado que había obrado en legítima defensa. En aquel entonces estaba relacionado con personajes ilustres como Budé, Marot y Rabelais. Muy versado en letras latinas, profesaba verdadero culto á Cicerón y acababa de publicar los *Commentarii linguae latinae*, obra en la que había trabajado seis años.

A partir de 1538 comenzaron para él los peligros, tanto más cuanto que había abrazado la profesión de impresor, muy expuesta en aquella época, y, según su costumbre, lanzóse ardentemente á todos los conflictos, y cuando estalló la huelga de Lyon (4) púsose de parte de los obreros. Decíase de él que estaba en relaciones con gentes sospechosas y los católicos le vigilaban. En 1542 un tribunal eclesiástico le condenó como culpable de «pravidad herética, impía y cismática» por haber publicado en francés el *Nuevo Testamento*, las *Epístolas y los Evangelios* y los *Salmos*. El rey le indultó por letras de 1543; pero Dolet dió un pretexto á sus enemigos y á la Sorbona que le acechaba, imprimiendo en

(2) Por sus obras pertenece más bien á la segunda mitad del siglo. Respecto de la primera parte de su vida, véase el capítulo II, párrafo segundo del libro VI.

(3) R. Copley Christie, *Etienne Dolet, le martyr de la Renaissance* (traducción de Stryenski), segunda edición, 1899.

(4) Véase lo dicho anteriormente en la página 202.

1544 la traducción hecha por él de dos diálogos atribuidos entonces á Platón: el *Axiochos* y el *Hipparchos*. Una frase del primero, en la que hacía decir á uno de los interlocutores: «Después de la muerte no serás nada,» en vez del «no existirás,» según decía el texto, bastó para perderle, habiendo sido por esta causa citado ante la facultad de Teología y entregado por ésta al Parlamento, á pesar de sus llamamientos desesperados al rey, al duque de Orleans, á Madama de Etampes y al cardenal de Lorena. Y es que en aquel momento, ante la Reforma cada vez más amenazadora, el soberano se inclinaba hacia el catolicismo exaltado. Perseguíase entonces la venta ambulante clandestina de libros; se habían adoptado nuevamente severas medidas contra la imprenta, y la Sorbona acababa de publicar un *Indice* de obras prohibidas. Dolet fué acusado indudablemente como impresor y vendedor de libros sospechosos, como propagandista de la Reforma y como libre pensador; además habíase conquistado una mala reputación, permanecía alejado de los grupos y estaba reñido con la mayor parte de sus amigos, con Marot, con Rabelais, y nadie tenía interés en defenderle. Después de un largo proceso, fué condenado y quemado vivo en agosto de 1546.

¿Cuáles fueron sus opiniones? Aun en la actualidad es bastante difícil saberlo con exactitud. A juzgar no sólo por la sentencia del Parlamento, sino además por el testimonio de escritores protestantes, profesó el más puro ateísmo. Calvino ha dicho de él: «Es un hecho notorio que Agripa Villanovanus, Dolet y otros cíclopes han despreciado siempre ostensiblemente el Evangelio; y en cuanto á lo que se refiere á la vida del alma, han declarado que en nada difiere de la de los perros y de los cerdos.» Otro contemporáneo se expresa en los siguientes términos: «Me acuerdo de haber visto en mi juventud á Dolet ser uno de los primeros que, empezando por opiniones ligeras y de poca importancia, cayó en poco tiempo en las más execrables blasfemias que jamás he oído. Marot, á quien veía yo más á menudo, no tenía que enviarle, *et sic de reliquis* (1).»

¿Ha merecido Dolet estos anatemas? Dió á menudo pruebas de prudencia respecto de los poderes establecidos y de los regímenes consagrados; cuando editó *L'Enfer* (*El Infierno*), de Marot, escribía que había «encontrado el libro sin escándalo para Dios ni para la religión, y sin atentar en modo alguno á la majestad de los príncipes (2).» Pero estas precauciones no demuestran que tuviera sentimientos de verdadero cristiano: fué un pensador indiferente en materia religiosa, desdeñoso respecto de las creencias, un escéptico.

Buenaventura Des Periers, que nació entre 1498 y 1510 y falleció en 1544, fué erudito, poeta y prosista y en 1535 y 1536 colaboró en una traducción al francés de

(1) Y así de los demás.

(2) En 1539 compuso una especie de historia apologetica del reinado de Francisco I, en cuyo prefacio decía: «En cuanto á los franceses quiero al presente celebrarlos. Tú serás el primero, oh reverendísimo cardenal de Lorena, tú que tan bien sabes sostener el carácter del rey.» Luego «celebraba» á la muy prudente reina de Navarra, las «virtudes» de Montmorency, al canciller Poyet, «honor eterno del país de Anjou.» Pues bien, ni el cardenal de Lorena, ni Montmorency, ni Poyet eran virtuosos y sobre todo demostraban una intolerancia que un libre pensador hubiera debido detestar.

la Biblia y en los *Commentaires de la langue latine*, de Dolet (3). Vivía entonces en Lyon, en donde estaba en relaciones con los eruditos y los escritores que frecuentaban aquella ciudad, y siguiendo la moda de su tiempo, anticuaba su nombre y gustaba de firmarse *Eutyclus Desperius*.

Sus poesías no carecen de gracia ni de ingenio, pero en donde se manifiesta su personalidad es en el *Cymbalum Mundi* (*La campanilla del mundo*), libro muy pequeño publicado en 1538 (4). Cinco semanas después de su aparición, esta obra fué condenada por el Parlamento y al cabo de algún tiempo suprimida por la facultad de Teología, la cual, sin embargo, declaró que el libro, aunque pernicioso, no contenía errores manifiestos en materia de fe.

Mas no por ello era menos temible. Des Periers en aquellos cuatro diálogos muy cortos y escritos en lenguaje muy incisivo, introducía á Lutero bajo el transparente anagrama de Rethulus, hacía figurar á un escéptico, Tomás du Clénier, y á un creyente, Tomás Tryocan (5), y además á Júpiter, á Mercurio, á varios pontífices de la antigua Roma, etc. De modo que disimulaba su pensamiento y sus personajes bajo toda clase de disfraces; pero no era posible equivocarse acerca del verdadero alcance de sus intenciones. En realidad apuntaba no sólo al catolicismo, sino á todas las doctrinas religiosas, á la Iglesia y á los jefes de sectas: «También, exclama uno de los interlocutores, quisiera que hubieses visto cómo se quitan de las manos uno á otro los granos de arena que encuentran; el uno se alaba de tener más que su compañero y el otro le replica que no es de la verdadera.» Pero aún iba más allá; presentar á Jesucristo bajo la figura de Mercurio y la Biblia bajo la alegoría de la piedra filosofal, esa quimera de la ciencia, y parodiar en la forma más familiar pasajes del Evangelio, era hacer literatura burlesca con las cosas sagradas. El excepticismo de Des Perier es muy parecido al de Bayle ó de Voltaire; y si la Sorbona se equivocó, otros no se engañaron: así, Guillermo Postel atacó el *Cymbalum mundi* como libro de ateísmo; Calvino lo atacó también con su dureza característica, y Enrique Estienne reprochó «el detestable libro titulado *Cymbalum Mundi*.» En el siglo xvi, como en todos tiempos, costaba mucho llegar hasta el último extremo de las osadías del pensamiento.

Des Periers era un hombre ardiente, inquieto, desordenado; como Dolet, riñó con la mayoría de sus amigos; agregado al servicio de Margarita de Navarra, en calidad de ayuda de cámara, cayó en desgracia por razones que aún no se han puesto en claro, y acabó por matarse, por lo menos es muy probable que así fuese, en 1544. El suicidio, muy poco frecuente en aquella época, era

(3) A. Chenevière, *Bonaventure Des Periers, sa vie, ses poésies*, 1886.

(4) *Cymbalum Mundi en françois, contenant quatre dialogues poetiques fort antiques, joyeux et facetieux*. Muchos han atribuido á Des Periers las *Nouvelles Récréations et Joyeux Devis*, que no se publicaron hasta 1558; pero hoy se cree que los autores de esta obra fueron *Pelletier du Mans* y Denizot (quizás Des Periers tomó también alguna parte en la misma). Acerca de esto véase G. Paris, *La Nouvelle française au XV<sup>e</sup> et au XVI<sup>e</sup> siècle* («Journal des Savants», 1895).

(5) Anagramas de *Incredule* (incrédulo) y *Croyant* (creyente).